

José J. Gadenas

11932

Aurelio Varela

---

# Las Violetas

BOCETO DE COMEDIA

63



MADRID

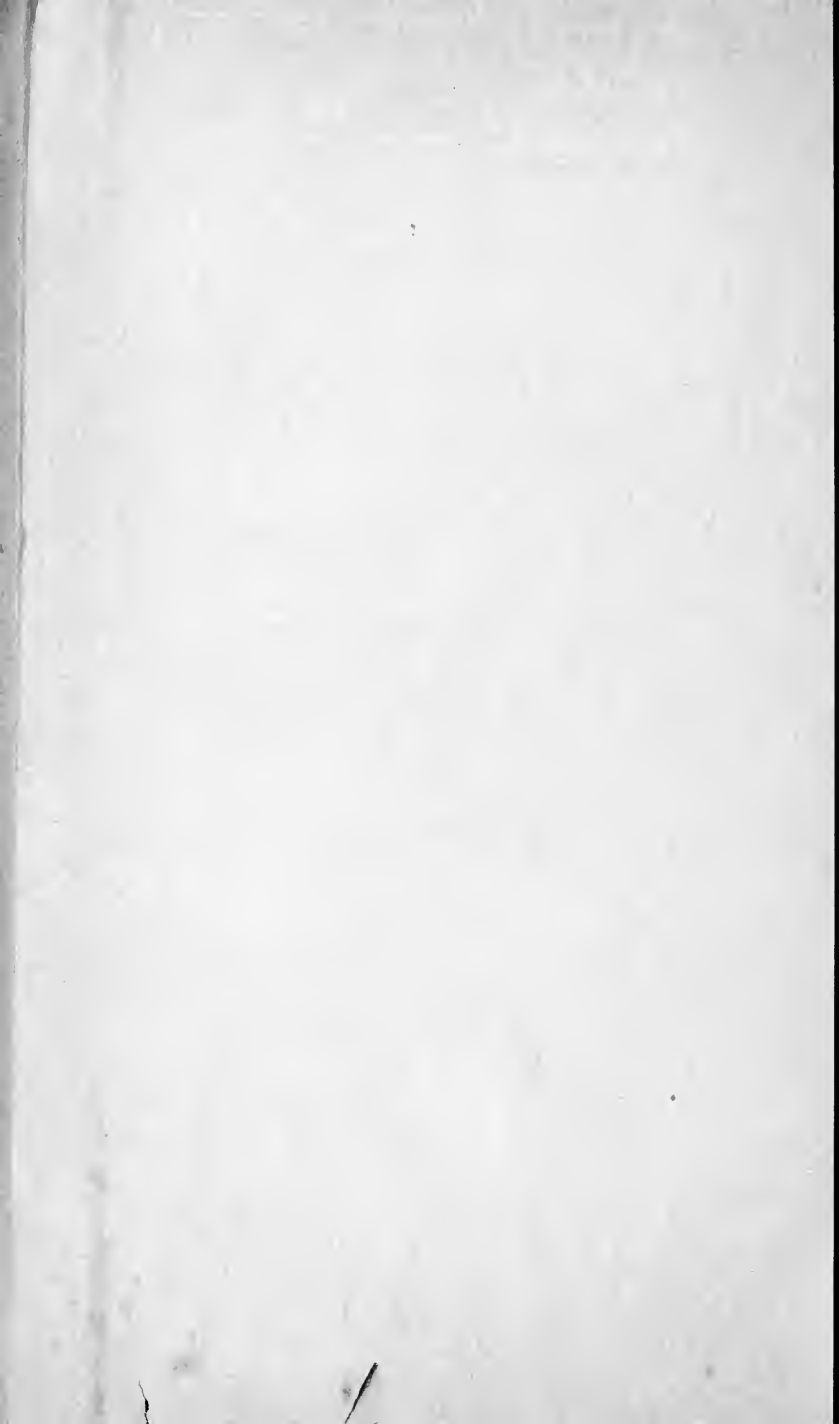
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1900





A un buen amigo Bar  
tral.

Recuerdo cariñoso de

Arnelio Vardo

**LAS VIOLETAS**

0/3/901

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

25

# LAS VIOLETAS

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

INSPIRADO EN UNA OBRA ITALIANA

EN VERSO DE

JOSÉ J. CADENAS Y AURELIO VARELA

Estrenado con gran éxito en el TEATRO CÓMICO, de Madrid, la noche del  
8 Noviembre de 1900

D. T. \* "ALEGRÍAS"

*David Forseille Perenguer*



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1900

# REPARTO

~~~~~

## PERSONAJES

—

## ACTORES

—

|              |                     |
|--------------|---------------------|
| ROSA .....   | SRTA. LORETO PRADO. |
| MELCHOR..... | Sr. CHICOTE.        |
| ARTURO.....  | RODRÍGUEZ.          |
| MANOLO.. ..  | NART.               |

*7 1/2 pesos*  
~~~~~

ÉPOCA ACTUAL

*A nuestro querido amigo*

**Luis Larra**

*Los Autores.*

## Dos palabras á Enrique Chicote

---

*Si nosotros hubiésemos dudado algún momento de tu amistad, el interés y el cariño con que has hecho esta obrita hubiera venido á probarnos que de verdad eres amigo nuestro.*

*Y nosotros debemos darte gracias, así como á la sin igual Loreto, que estuvo verdaderamente admirable, sin que nos olvidemos de Rodríguez y de Nart, los cuales demostraron ser dos artistas.*





C. r.

# ACTO ÚNICO

---

Escena dividida en dos partes, formando dos habitaciones, que se comunican por medio de una puerta que está siempre cerrada. Cuidese que el muro divisorio no avance mucho, á fin de que las dos partes de la escena puedan ser vistas á un tiempo mismo. La habitación de la izquierda es un cuartito de costura con muebles adecuados: la habitación de la derecha es una especie de despacho. Muebles, mesa, sillas, butacas. Puertas laterales. Ventanas en el fondo. La de la habitación de la izquierda, abierta, con una persiana que juega, y rodeado el alfeizar de tiestos. También dentro de la habitación habrá algunas macetas. Un piano. Mucha alegría, contrastando con la tristeza de la otra habitación.

## ESCENA PRIMERA

ROSA, MELCHOR y ARTURO. Rosa sentada en la silla baja de bordar, bordando y dirigiendo miradas y sonrisas á alguien que se supone está en la casa de enfrente. Melchor y Arturo en la habitación de la derecha. Melchor atisbando por la puerta lo que hace Rosa. Arturo preguntando impaciente

ROSA           (Cantando.)  
Un rubio sus ojos  
de azul como el cielo  
me presta consuelo,  
etc., etc.

ART.           Pero, ¿se puede saber?

MEL.           ¡Chist!... ¡Cállate!

ART.                           ¡Qué tormento!

MEL. ¡Calla!... ¡No seas pesado!

ART. Pero...

MEL. ¡Silencio! ¡Silencio!

(Breve pausa. Rosa se levanta, coge una regaderita pequeña, y después de enviar una expresiva sonrisa por la ventana, hace mutis por derecha.)

## ESCENA II

MELCHOR y ARTURO

MEL. (Separándose de su observatorio.)

Perdóname, Arturo. Estaba resucitando un recuerdo, haciendo una observación.

ART. ¡Bah! Tú estás loco.

MEL. No quiero

que tan deprisa me juzgues, y te voy á hablar en serio.

ART. Veamos.

MEL. No tiene duda

para mí que el mundo entero está eternamente á leyes matemáticas sujeto.

Todo cuanto ha sucedido vuelve á repetirse luego.

Heredamos las costumbres, heredamos los defectos, las líneas de nuestro rostro, carácter, temperamento...

¡Hasta los vicios! Y es claro que muchas veces creemos que, al resolver un asunto, obramos sólo por nuestro propio impulso libremente, y resulta que no es cierto.

(Sentenciosamente.)

Veinte años antes, ó un siglo, nuestro padre ó nuestro abuelo, al encontrarse en iguales circunstancias resolvieron sin duda del mismo modo.

ART. No estoy conforme.

MEL. Lo siento,

y voy, para convencerte,  
á darte una prueba de ello.

(Llevando á Arturo hacia la ventana y accionando  
como indica el diálogo.)

Ven aquí... acércate... ¿Ves  
aquella casa?

ART. Sí.

MEL. Quiero

que te fijas. La que cae  
frente á esta... (Por la ventana centro.)

ART. Ya la veo.

(Al llegar aquí, Arturo principia á demostrar su emo-  
ción á medida que avanza el diálogo. Esto, natural-  
mente, queda á la discreción del actor encargado de  
este papel.)

MEL. Pues bien .. Hace muchos años  
un jovencito moreno  
ocupaba la ventana  
de aquella casa. En el hueco  
de esta otra solía estar  
largos ratos en silencio  
una linda jovencita.  
La joven...

ART. Sí .. sí. Fué luego  
tu mujer.

MEL. El hombre...

ART. Eras  
tú, ¿no es verdad?

MEL. Es muy cierto.

Hoy, después de tantos años,  
querido Arturo, en los huecos  
de las dos mi-mas ventanas  
se viene reproduciendo  
la misma escena... la misma.  
¿Sí?

ART.

MEL. Y es curiosa en extremo.  
Tanto, que esa escena trae  
á mi memoria el recuerdo  
del más juvenil idilio  
de mi amor... ¡Pobre Consuelo!  
¿Tú eras y a su amigo cuando  
estaba soltera, es cierto?

ART. (Con emoción reprimida.)  
Sí... ¡Como hermano! Tendría,  
sobre poco más ó menos,  
la misma edad que ahora cuenta  
tu hija, cuando...

MEL. Y estás viendo  
que acaso dos gotas de agua  
se parecerían menos.

ART. ¡Son exactas hija y madre!  
(¡Parece que la estoy viendo!)

MEL. La primera vez que en ella  
me fijé, fué en este tiempo.  
Era una alegre mañana  
de Mayo. Estaba leyendo  
allí, tras de la persiana.  
Ella apareció un momento  
en la ventana de enfrente,  
regando alegre sus tiestos.  
De pronto saltó en sus brazos  
un lindo gatito negro;  
ella le cogió mimosa,  
le acarició sonriendo,  
dirigió hacia mí la vista  
y dió á su gatito un beso.  
Días después funcionaba  
de uno á otro lado un telégrafo  
de flores, canciones, músicas  
y sonrisas. Por ejemplo:  
Una maceta de rosas  
puesta en el lado derecho  
de la ventana, quería  
decir: «Salgo de paseo.»  
Si colocaba una planta  
de nardos al lado izquierdo,  
era decirme: «No esperes,  
que no voy.» Y si en flamenco  
me cantaba una guajira:  
«A la tarde, en Recoletos.»  
Y, por fin, cuando tocaba  
la Marcha Real con un dedo,  
era decirme: «Esta noche  
voy al teatro.»

ART. Ya veo  
que érais ingeniosos.

(Al llegar aquí aparece Rosa, dirigiéndose á la ventana, sentándose luego al piano para tocar cuando se indique.)

MEL.

¡Oh!

¡Dulcísimos recuerdos!

Un año después...

ART.

¡No sigas!

MEL.

Nos casamos.

(Suena la Marcha Real.)

¡Eh! .. ¿Qué es eso?

¡La Marcha! .. ¡La Marcha Real!

(Mutis de Rosa después de hacer una coquetería en la ventana.)

¿Oyes? .. Ahora que me acuerdo...

Es una señal. . Es Rosa.

ART.

¡Qué dices!... ¿Pero eso es cierto?

MEL.

Sí... La prometí llevarla  
al teatro... ¡Es Rosa! Los hechos  
de nuestra vida, que al cabo  
se repiten con el tien po.

ART.

¿Y tú accedes?

MEL.

¿Quién impide

que la rosa abra sus pétalos,  
ni que un alma juvenil  
se abra al amor, cuando el cielo,  
al llegar la Primavera,  
manda con sus auras besos?  
Ilusiones...

ART.

MEL.

Mi hija adora,  
como yo adoré a Consuelo,  
á ese joven, del que ya  
me he informado... ¡Es un soberbio  
partido! No es elegante,  
y usa unas corbatas... Pero,  
mira tú que coincidencia.  
También yo en aquellos tiempos...

ART.

(Interrumpiendo.)

Usabas unas corbatas,  
lo sé, que metían miedo.  
En cambio, es muy estudioso.  
Como tú.

MEL.

ART.

MEL.

Juicioso, bueno;  
y mi hija sólo le quiere,  
lo mismo que á mí Consuelo,

por sus bellas cualidades,  
por su porvenir risueño...  
Es la misma historia... ¡Sí!  
La misma.

ART.

(Nada más cierto )

MEL.

Vengo observando este idilio  
casi desde sus comienzos.  
Anteayer precisamente  
él estaba allí leyendo;  
ella, sobre la labor,  
juiciosa, bordaba; pero  
allá iban de vez en cuando  
miradas, sonrisas... Luego  
se levantó ella un instante,  
cambió de lugar un tiesto  
de claveles... ¡Oh! Sin duda  
era una señal aquello.  
De pronto saltó en los brazos  
de Rosa un gatito negro.  
Le mimó, le acarició  
dulcemente, y sonriendo  
al joven de la ventana,  
puso en el gatito un beso.  
Yo me contuve, pues quise  
gritar: ¡Consuelo! ¡Consuelo!  
Sí, amigo, sí. . Yo te juro  
que era ella en aquel momento.  
Es verdad...

ART.

Bien... pero deja

que duerman en paz los muertos.

MEL.

No; quiero seguir contándote  
escenas, detalles, hechos  
de los que uno solamente  
aún sigue siendo un misterio.  
No te preocupes.

ART.

MEL.

Fué

muy extraño. Recuerdo  
que una mañana mi novia,  
el coloquio interrumpiendo,  
de un modo brusco bajó  
la persiana; sí... por eso  
yo siempre tuve el capricho  
de saber por qué fué aquello.  
Repetidas veces quise

interrogar á Consuelo,  
mas fué en vano, nunca ella  
me esclareció aquel misterio.  
¿Por qué corrió la persiana?

ART.

(Azorado.)

No sé.

MEL.

Es extraño.

(Arturo va á contestar, pero al sentirse las risas de Manolo y Rosa, Melchor dice:)

¡Silencio!

### ESCENA III

DICHOS, ROSA y MANOLO. Los dos por derecha. Manolo saca en la mano una regaderita. Toda la conversación de los jóvenes ha de sea viva y alegre

ROSA

(Dentro.)

No... Por aquí... por aquí.

Adelante, caballero.

(Melchor observa desde la puerta centro.)

MAN.

(Saliendo con Rosa.)

¿Has visto á mi padre?

ART.

¡Mi hijo!

ROSA

Debe de estar por ahí dentro  
con el mío. Siempre están  
estudiando.

MAN.

(Regando los tiestos colocados dentro de la habitación.)

Eso es muy bueno.

Dejémosles, pues, que estudien,  
porque, según los maestros,  
el estudio es la más noble  
ocupación. Mira, tengo  
una idea.

ROSA

¿Sí?

MAN.

El estudio

es el riego del cerebro,  
como el agua el de las flores.

(Dejando la regadera.)

Es bonito pensamiento,  
¿verdad?... Pues se me ha ocurrido

así, de repente... Y luego  
me llaman los catedráticos  
holgazán.

ART. Pero, ¿qué es esto?

Aquel joven y mi hijo.

Luego son dos ..

MEL. (Que no quiere perder nada del diálogo de los chicos.)

¡Silencio!

¡Déjame!

ROSA

¿Y á qué se debe  
esta visita?... No acierto  
á explicarme por qué causa  
vienes hoy á caer en medio  
de mis flores. .

MAN.

¿Y te asombra?

ROSA

¡Vaya!

MAN.

No es ningún misterio.  
Mi catedrático ayer  
tuvo, y yo se lo agradezco,  
la ocurrencia de avisarme  
que hoy mismo, sin ir más lejos,  
me pensaba preguntar  
la lección... Y nada menos  
que sobre las escrituras  
hipotecarias

ROSA

¿Sí?

MAN.

Pero,

¿qué sé yo de la hipoteca?  
Y para matar el tiempo,  
en vez de acudir á clase  
he venido aquí

ART.

(A Melchor, que sigue siempre en su observatorio.)

Ya veo

que á tu hija le gustan los  
chicos estudiosos.

MEL.

Eso

es que bromean.

ROSA

Entonces,

tu visita se la debe...

MAN.

A mi profesor.

ROSA

¡Ah, vamos!

Pues ya no te la agradezco.

MAN.

Y á mi deseo de verte.

¡Monísima!



ROSA

Ya te entiendo.  
Trae la regadera.

MAN.

No.

(Cogiendo otra vez la regadera y volviendo á regar las plantas colocadas dentro de la habitación.)

Yo las regaré.

ROSA

Esas, bueno.

(Cogiéndole la regadera.)

Pero estas de la ventana  
no puede ser.

MAN.

¿Cómo es eso?

ROSA

Estas flores no conocen  
á nadie más que á mí

MAN.

Pero...

ROSA

(Regando los tiestos de la ventana.)

Déjame... ¿Ves?

MAN.

(Pasando levemente el brazo por la cintura de Rosa.)

¡Ah!... Muy bien.

No me parece mal.

ROSA

(Incorporándose rápidamente y dejando la regadera.)

¡Quieto

con las manos! . ¡Atrevido!

MEL.

(Que naturalmente no ve á los chicos por la situación de estos cerca de la ventana. A Arturo.)

¿Oyes? ¿Qué es lo que habrá hecho?

ROSA

(Con mimo.) ¡Tonto!

ART.

No temas... Ya ves

(Con voz tranquila á Melchor.)

le llama tonto.

MAN.

(Señalando un tiesto de violetas colocado dentro de la habitación aunque cerca de la ventana.)

¡Qué tiesto

tan bonito!

ROSA

Son violetas

por las que yo amante siento

predilección. Estas flores

fueron siempre el embeleso

de mi pobre madre. Y mira

si es raro En el cementerio

en la tumba de mamá

sin saber quien la había puesto,

vimos papa y yo una planta

de estas flores.

ART.

(Muy emocionado.) ¡Qué recuerdo!

- ROSA Y aunque hemos averiguado,  
nunca pudimos saberlo,  
MAN. Alguna mano ignorada.  
ROSA Quizá algún pobre de aquellos  
que ella socorrió. ¡Como era  
tan buena!
- ART. (Queriendo arrancar á Melchor de su observatorio.)  
¡Ven!... ¡Te lo ruego!  
¡Vámonos!
- MEL. ¡No!... ¡Déjame!
- MAN. Dame ese ramito.  
ROSA Eso  
estoy pensando El más lindo.  
Por tu carita... ¿Y tú has hecho  
algo para merecerle?  
A ver... dime tú, ¿qué méritos  
tienes?
- MAN. Muchos. He pensado  
en tí la mar.
- ROSA ¡Embusterol  
¡Decir que has pensado en mí!  
¡Júralo!
- MAN. ¡Lo juro!
- ROSA Bueno,  
juramento falso.
- MAN. No:  
yo te juro que no miento.  
Anda dame ese ramito.  
¿Y á quién piensas ofrecérselo?  
A nadie.
- ROSA (Arrancando el ramito de violetas y colocándoselo á  
Manolo en el ojal.)  
Pues ven aquí.
- MAN. ¡Ay, cuánto te lo agradezco!
- RCSA Verás... así .. en el ojal.
- MAN. (Queriendo aprovecharse de la situación para abrazar  
levemente á Rosa.)  
Así... así...
- ROSA ¡Estate quieto!
- MAN. Mujer, si no te hago nada.  
¡Ay, Rosa!
- ROSA ¡Qué!
- MAN. Que te quiero  
muchísimo.

ROSA

Y yo á tí no.

MEL.

¡Muy bien contestado!

ROSA

Bueno.

Ahora á estudiar la hipoteca.

Lo mando yo.

(En este momento mira Rosa disimuladamente por la ventana y dice con visible turbación.)

¡El!

¿Qué es eso?

MAN.

¡Nada!

ROSA

(Dirigiéndose hacia la ventana.)

MAN.

A ver.

ROSA

(Impidiéndoselo.)

¡Quieto te digo!

¡Quieto!

MAN.

(Parándose.)

¡Hija, si no me muevo!

ART.

¿Ves?... Estaban bromeando.

(Melchor sonríe. En este momento Rosa baja la persiana, sacando al mismo tiempo la mano como haciendo una señal al novio para que espere.)

MEL.

(Transición en Melchor.)

¡Baja la persiana! ¡Cielos!

ART.

¡Anda!... ¡Vámonos!

MEL.

¡No! ¡No!

MAN.

¿Por qué cierras?

ROSA

¿Por qué cierro?

Porque nos ve.

MAN.

¿Nos ve? ¿Quién?

ROSA

(Haciendo mirar á Manolo por detrás de la persiana.)

Mira... ¿Ves?

MAN.

¿Aquel mostrenco?

(Melchor da señales de ira reprimida cada vez que Manolo dice un insulto del novio de Rosa. Arturo demuestra contrariedad y disgusto.)

¡Qué tipo!... ¡Tan chiquitín!

¡Ay, qué gracia tiene!... Y menos mal que es elegante... ¡Y vaya qué corbatita!

ROSA

No quiero

que te burles de él.

MAN.

(Retirándose.)

¿Por qué?

ROSA

Pues, porque no... ¡Pobre Pedro!

¡El, que es un santo!

- MAN. ¡Ah! ¿Se llama Perico?
- ROSA Sí.
- MAN. Será bueno.  
Con ese tipo y con esa corbata no hay más remedio que llamarse así á la fuerza.  
¡Qué cara tiene de memo!
- ROSA ¿Y qué culpa tiene el pobre?  
¡Es tan amable!... ¡Tan serio!  
¡Y me quiere tanto!... Sí... me quiere.
- MAN. Pues vaya un mérito.
- ROSA Se está allí las horas muertas, con el libro así, muy quieto, sin quitarse mientras yo no se lo mando.
- MAN. ¡Ah! ¿Y eso te divierte?
- ROSA Mucho, mucho.
- MAN. Pues entonces no comprendo por qué cierras. Se irá ahora y adós tu entretenimiento.
- ROSA No se va; le he ordenado que se quede.
- MAN. ¿Y cuándo has hecho eso?.. ¿De qué modo?..
- ROSA (Imitando la señal con la mano.)  
Así,  
antes de cerrar.
- MAN. ¡Ah! ¿luego os habláis por señas?... ¡Rosal
- ROSA ¿Quieres verle qué contento se pone?  
(Saludando al novio desde la ventana.)
- MEL. ¡Lo mismo que ella!
- ART. Lo mismo que ella!... ¡Oh, Consuelo!
- MEL. ¡Ven!... ¡Anda, vente!
- ROSA ¡No!... ¡No!  
Deja... ¡No puedo!... ¡No puedo!  
Me vió y devuelve el saludo.  
¿Le ves?
- MAN. ¡Mándale á paseo!
- ROSA Claro está... ¡No!

MAN. Haz una cosa.

Sube de pronto un momento  
la persiana y que nos vea  
muy juntitos y riendo,  
verás qué cara nos pone.  
Anda .. verás.

ROSA ¡Ya lo creo!

MAN. ¿Por qué no?

ROSA Pues, porque no  
quiero disgustarle. Eso  
es una barbaridad  
Si nos viera juntos Pedro...  
¡Pues adiós!...

MAN. ¡Rosita!...

ROSA ¿Qué?

MAN. Nada, que no te comprendo.  
¿Será posible que tú  
quieras á ese majadero?

ROSA Te he dicho que no le insultes,  
conque guarda más respetos  
á mi marido.

MAN. ¿Qué dices?

¡Tu marido!

ROSA Con el tiempo  
lo será. Conque, ya sabes.

MAN. ¿Pero tú has pensado en serio  
casarte con ese tipo  
que apenas se llama Pedro?

ROSA ¿Y qué? Ya ves, mi mamá  
no podía sufrir esos  
nombres vulgares tampoco;  
no le gustaban, y luego  
se casó con mi papá  
que se llama Melchor.

ART. ¡Bueno!

¡Vamos!

MEL. (Sin hacer caso de Arturo.)

¡Lo mismo!... ¡Lo mismo!

ART. (Con decisión al ver que es imposible arrancar á Mel  
chor de su observatorio.)

Que se vayan al infierno  
tu atavismo, esa coqueta  
y ese grandísimo necio.

¡Ah!... Y mi hijo me va á oír.

Te lo juro.

MAN.

Según eso,  
si ese joven es tu esposo,  
¿yo que soy?

ROSA

¿Tú? .. No eres bueno.  
Tú para marido... El sí.  
Mírale. Siempre leyendo...  
Trabajador, estudioso,  
me quiere... tiene talento.  
Estudia siempre. de fijo  
ganará mucho dinero.  
Me hará su esposa y después,  
como es así el pobre Pedro  
y me quiere mucho, es claro,  
me comprará todo aquello  
que yo quiera, y siempre hará  
lo que yo le ordene... ¡Créelo!  
Porque sabe mucho y es  
un santo. Tú no eres bueno  
para marido. No... no.  
Tú eres así, bullanguero,  
alegre... despreocupado,  
no estudias... no tienes tiempo  
nunca para trabajar.  
Si nos casáramos, creo  
que viviríamos pobres  
y muy mal y descontentos.  
¡Oh, no... no. Tú no eres un  
buen marido. Tú no eres eso...  
Manolo... Manolo á secas.  
¿Y si yo estudiara?

MAN.

ROSA

¡Menos!  
Si estudiaras no serías  
el mismo. Tú formal... serio,  
no me gustarías ya.  
Me gustas así... ligero,  
superficial... como eres...  
alocado .. Y en fin, tengo  
la seguridad que tú,  
si ves que yo no te quiero  
y no me caso contigo,  
no te mueres... ¡Ya lo creo!  
De sobra lo sé... ¿Lo ves?  
Te lo he dicho y no te has muerto.  
¡Rosal

MAN.

ROSA                    No... Tú no te mueres.  
El sí. . El sí... ¡Pobre Pedro!  
Se moriría de pena.  
Me lo ha escrito en unos versos.  
¡Pobrecito! .. ¿Por qué había  
de matarle yo?

MAN.                    (Con ira.)            ¡Es muy cierto!  
¡Está bien!... ¡Hazle vivir!  
¡Adiós!

ROSA                    (Con mimo.) ¿Me dejas?... No quiero  
que te vayas de ese modo  
ni te incomodes por eso.  
Sé razonable. . Seamos  
buenos amigos. . Sí... buenos  
amigos toda la vida.  
¡Yo como amigo te quiero!  
¡Te quiero mucho también!  
MAN.                    Eres un ángel... Accedo  
con una condición. .

ROSA                    Dila

MAN.                    y aceptada desde luego.  
Dame un abrazo que sea  
de nuestra amistad el sello.

ROSA                    (Dejándose abrazar levemente.)  
Pero uno solo, uno solo  
y pequeño.. muy pequeño.  
Ya no estás incomodado,  
¿verdad? Dime... ¿Estás contento?  
Ahora vete.                    —

MAN.                    Sí... Me voy.  
(Haciendo medio mutis. Al novio por la ventana.)  
¡Tipol!... ¡Cursil! .. ¡Majadero!  
¡Me las pagarás!

ROSA                    Anda, hombre.

MAN.                    Ya voy... Otro abrazo.

ROSA                    Quieto.

Dos son ya demasiado.

¡Nada de eso!... ¡Nada de eso!

(Mutis de Manolo por el foro. En el momento, Rosa  
corre á la ventana, levantando apresuradamente la per-  
siana y repitiendo la mímica de amor con el novio,  
que se supone que está enfrente. En seguida hace mu-  
tis por el foro.)

## ESCENA IV

MELCHOR y ARTURO. Al hacer Rosa el mutis, Melchor se separa de la puerta de comunicación pálido, desencajado, tambaleándose, déjase caer en una butaca, colocada en el centro de la habitación

MEL.

Pero, ¿en esta casa?... ¿Aquí?  
¿Quién entraba? ¿Quién?

(De pronto se levanta y dirige la vista, con expresión interrogadora, á Arturo, que conmovido le está contemplando con tristeza. Arturo, inclina lentamente la cabeza sobre el pecho. Melchor se dirige hacia él con los puños crispados y en actitud amenazadora.)

¡Tú!... ¡Si!

(Al llegar frente á Arturo; los dos hombres se miran cara á cara. Melchor alza los puños, pero de repente se detiene, y, vencido por el dolor, se deja caer en la butaca, cubriéndose el rostro con las manos.)

ART.

(Triste, silencioso, contempla la actitud de Melchor. No se ha movido del lugar donde estaba, ni aun cuando avanzó hacia él Melchor en actitud amenazadora. Al ver sollozar á Melchor, se dirige hacia él, pero se detiene repentinamente como si vacilara. Enjúgase el sudor de la frente, y por fin, decidido, saca de la cartera un papel arrugado, amarillento, y acercándose despacio á Melchor, apóyase en el respaldo de la butaca y comienza á leer en voz baja y conmovida la siguiente carta:)

«Mi muy querido Arturo: Ríe si quieres, di que soy la más loca de las mujeres... Todo cuanto me digas lo he merecido... Estoy enamorada de mi marido.»

(Melchor levanta la cabeza y sigue la lectura con atención creciente.)

«Melchor es otro hombre completamente distinto. Tan cambiado. Tan diferente. El amor que me tiene le ha transformado de tal modo, que siempre que está á mi lado tan amante y rendido... créeme, siento en mi alma un extraño remordimiento por aquellas bromitas que una mañana gastamos á su costa tras la persiana.



Melchor antes me daba risa, y ahora  
no he de ocultarte, Arturo, que me enamora,  
y he de hacer cuanto pueda porque mi esposo  
viva siempre contento, siempre dichoso.  
He roto sus corbatas, y en adelante  
se pondrá la que sea más elegante,  
que es hacerle dichoso mi único anhelo.  
Adiós... adiós y olvídamme.»

MEL.

¡Sigue!

ART.

«Consuelo.»

MEL.

(Impetuosamente.)

¡La fecha!... ¡La fecha!

ART.

Era

antes de casaros, pues  
desde entonces, ya lo ves,  
¡mi una sola vez siquiera  
puse en tu casa los pies!  
Pero, ¿y antes?

MEL.

ART.

¿Antes?

MEL.

(Furioso.)

¡Sí!

ART.

(Con mucha calma y señalando la habitación de Rosa.)

Ya lo has visto... Como ahí

Todo fué igual.

MEL.

(Contentísimo.) ¡Qué alegría!

(Apretando con efusión la mano de Arturo.)

¡Oh, gracias!

(Elevando los ojos al cielo.)

¡Consuelo mía!

ART.

Gracias, sí... ¡Las merecí!

MEL.

(Dudando aún.)

¿Tú luego, no la has hablado?

(Arturo niega con la cabeza.)

¿Jamás te la has encontrado?

(Arturo repite la negativa.)

¿Nunca .. nunca te escribió?

ART.

¡Ah!... ¡Sí!

MEL.

(Vivamente.) ¿Cuándo?

ART.

¡Eh!... Pero, ¿no

te basta lo que has mirado?

¡Celos póstumos!... ¡Qué horror!

¿Pues qué, los hombres ligeros  
que se burlan del dolor,  
atrevidos bullangueros,  
alegres, de buen humor,

porque á todo nos reímos  
y porque nos divertimos,  
acaso tú pensarás  
que no amamos y sufrimos  
como todos los demás?  
Nosotros, siempre burlones;  
vosotros, sentimentales  
del amor, ¿por qué razones  
no vamos á ser iguales  
para sentir las pasiones?  
¿Por ventura pensarás  
que vosotros quereis más,  
porque no sabeis sufrir,  
y amenazais con morir,  
aunque no os matais jamás?  
¡Suicidarse por amor!  
¡Morir!... ¡Como si eso diera  
eterno fin al dolor!  
¡Como si matarse fuera  
una prueba de valor!  
¡No! Los que nos divertimos,  
los que, alegres, nos reímos,  
nosotros hacemos más,  
porque amamos y vivimos,  
¡y sufrimos además!  
Ya que lo quieres así,  
¡me escribió... me escribió!... ¡Sí!  
¿Tienes celos de la muerte?  
(Sacando otra carta y dándosela á Melchor.)  
Pues lee esta carta... ¡Aquí  
la tienes! No... ¡Lee fuerte!  
(Lee.)

MEL.

«Arturo, muero; pero antes quiero  
de mi silencio la explicación  
darte un instante, porque me muero  
y necesito de tu perdón.  
Sé que has sufrido, que me has amado,  
que todavía me amas quizá.  
Tu sacrificio se ha consumado.  
Gracias, Arturo: Dios te las da.  
Ven, y en mi tumba deja la huella  
que un muerto pide por compasión.  
Unas violetas coloca en ella,  
unas violetas, como perdón.

Igual que aquellas que de mañana  
te di cien veces sin vaci'ar,  
cuando las flores de mi ventana  
tú me ayudabas siempre á regar. »

(Interrumpiendo la lectura)

¡Ah, ya! Las flores de las macetas  
que allá en su tumba siempre miré,  
eran, Arturo, tus violetas.

ART. (Tristemente)

¡Mis violetas!

MEL. ¡Perdóname!

(En este instante aparece Rosa, sentándose al piano  
después de mirar por la ventana.)

ART. Te ha amado mucho, ¿sabes?... Te ha amado  
y yo he sufrido también.

(Rosa toca la Marcha Real.)

¡Oh, Dios!

MEL. ¿Oyes? ¡Es ella!... ¡Nos ha escuchado!

ART. ¡Es que te llama! ¡Nos ha llamado!

(Dirigiéndose gravemente hacia la puerta.)

Juntos podemos ir ya los dos.

ROSA (Dirigiendo la vista hacia la ventana, pero sin levan-  
tarse del piano.)

¡Tarda!... ¿Habrá oído?... Sí... por supuesto,  
porque el acorde ..

(Yendo rápidamente hacia la ventana con alegría.)

Me oyó el bribón.

¡Cuánto me quiere!... ¡Jesús, qué gesto!

¿Qué?... ¡Me da celos!... Tiene razón.

Debo á su pecho volver la calma,  
porque es tan bueno... (Transición.)

Pero, ¿y Manuel?

(Duda; por último hace un gesto significativo, y hablan-  
do con la mano al mismo tiempo que con la boca, dice  
reposadamente.)

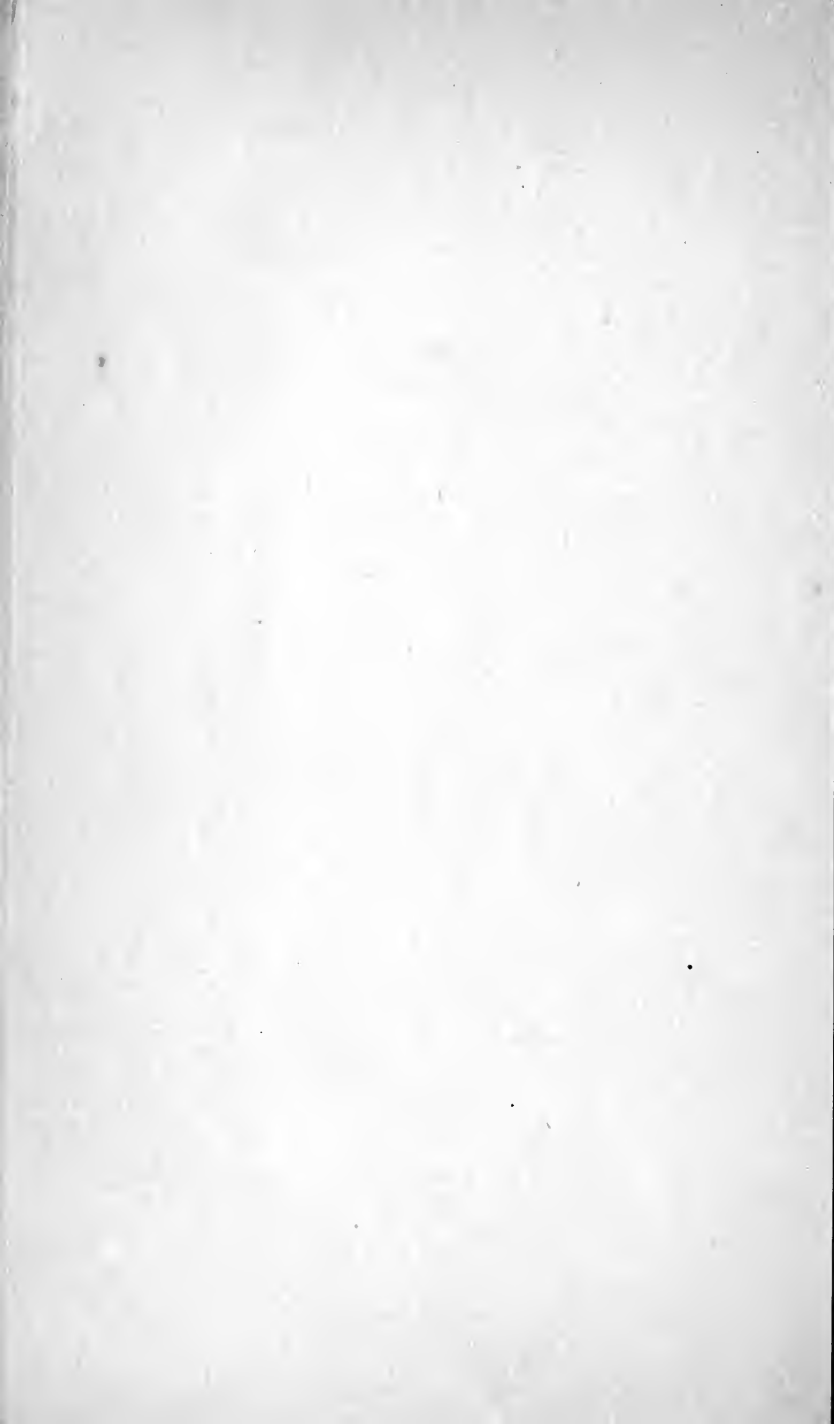
Cree que te quiero con toda el alma.

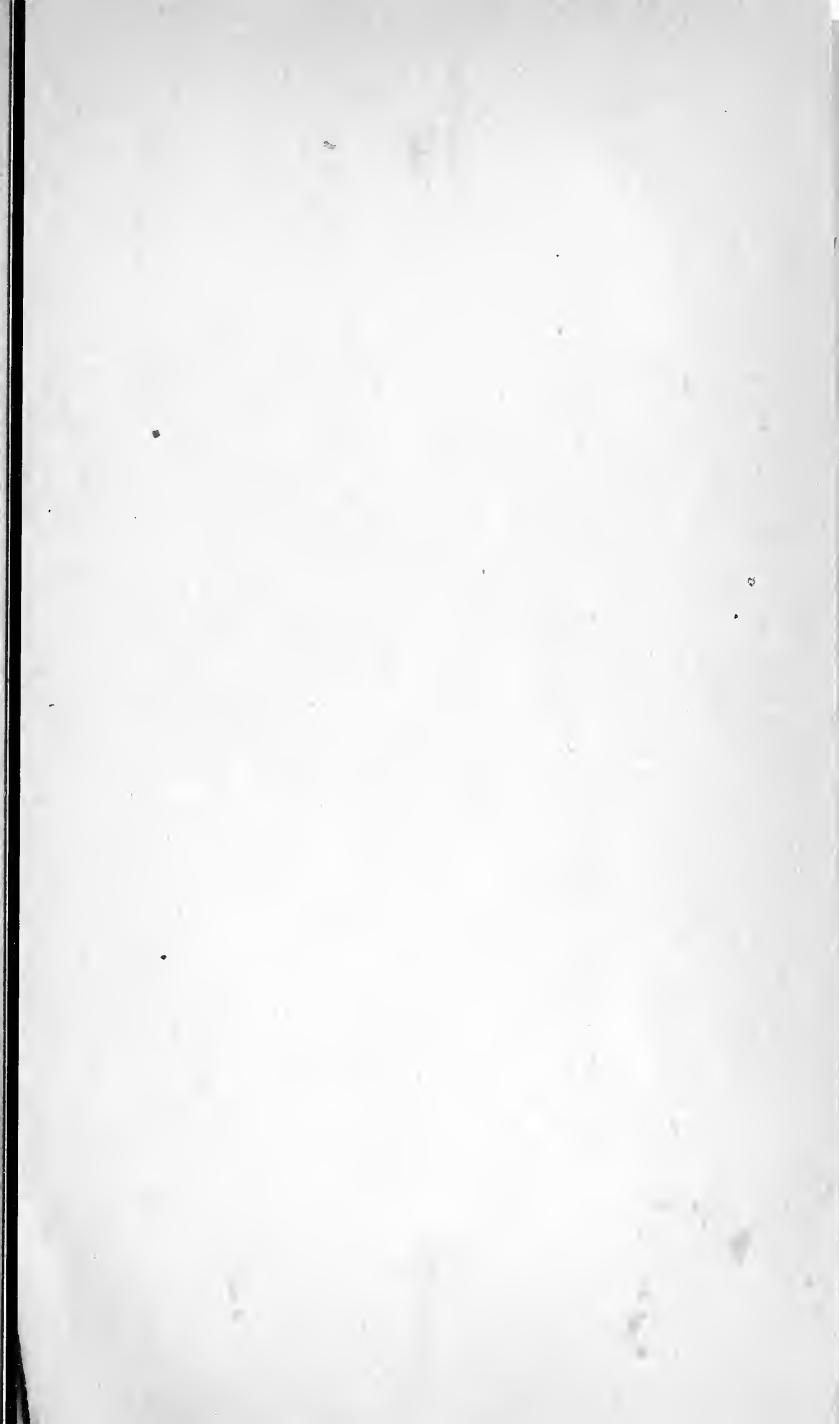
(Al público y con mucha decisión.)

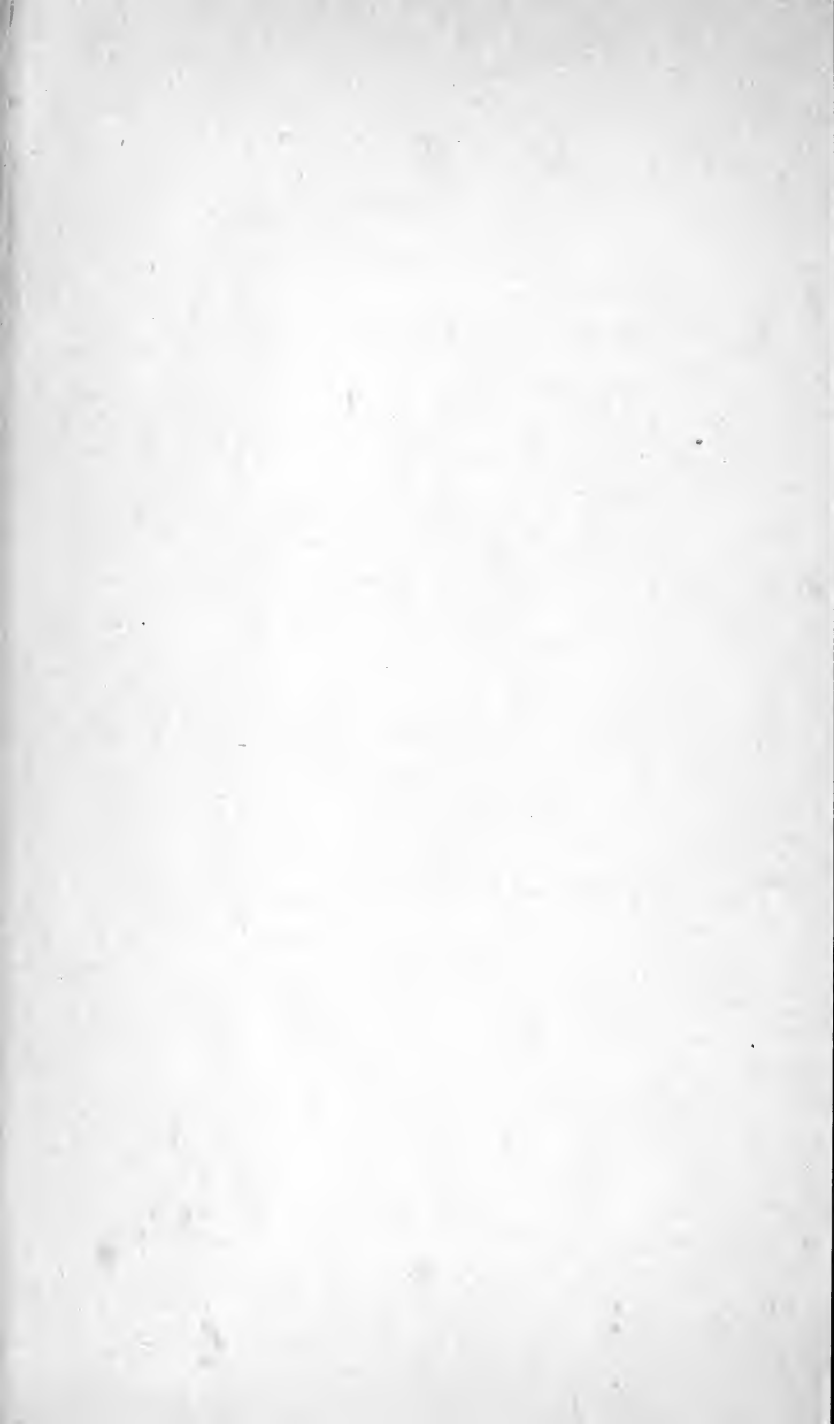
Sí... ¡Seré suya! ¡Y amante!... ¡Y fiel!

(Vuelve á usar cómicamente del lenguaje de los dedos.)

TELON







# ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

---

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los librerós ó agentes.